

UN GENERAL QUE NO MUERE EN LA CAMA

Lo decía poco antes de salir para Madrid: He vivido tan intensamente cuatro meses de guerra al fascismo que no me importaría ya morir. Y al revés de muchos otros, el héroe exponía cada vez más audazmente su persona. Era la negación del conservatismo. Tenía una vida y la ofrecía en holocausto a la libertad a todas horas. En todas partes. Con esa valentía nata, con ese heroísmo temperamental, con esa energía bakuniana primaria que le caracterizaba, nadie esperaba que Durruti habría de quedar para narrar a la posteridad, a los hijos de las próximas generaciones, la gesta magna del proletariado español.

¡Ha caído en su ley! Los generales como Durruti no mueren en la cama.

Era en vida un símbolo, una bandera; lo seguirá siendo, y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto, el nombre de nuestro camarada, representación auténtica de la guerra del pueblo contra la barbarie fascista, encaminará a millares y millares de combatientes al heroísmo, a la abnegación, al sacrificio, a la victoria.

Pocas veces ha llorado un pueblo a uno de los suyos con la espontaneidad y la intensidad con que ha llorado el pueblo español a Durruti. Es que había comprendido el alto valor que perdía. Y esa comprensión es para nosotros un alivio, una satisfacción.

Los que conocíamos bien su manera de ser y su desprecio a la muerte; los que sabíamos cómo ha vivido veinte años de lucha sin tregua, arrojando peligros, desafiando al mundo hostil; los que le vimos antes, durante y después del 19 de julio dando el ejemplo de la combatividad y de la abnegación, comprendemos que una vida como ésta no perduraría. Y estábamos hechos a la idea de la noticia trágica. No obstante, ¿quién de nosotros no se ha sentido aterrado ante la dura realidad de la caída de Durruti?

Nos queda su memoria, nos queda su bandera. No hemos llegado aún a la cima de la ruta espinosa. ¡Cuántos otros de los nuestros caerán en ese camino hasta asegurar la victoria! Sin Durruti, que era el animador legendario de las multitudes, el que sabía enardecerlas y llevarlas al combate, la tarea será más difícil; pero el deber hay que cumplirlo y en el cumplimiento de ese deber hemos de estar todos dispuestos a darlo todo. Sin ese precio, ni nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos disfrutarán del mundo de paz, de trabajo, de felicidad a que aspiramos.

¿No ha resonado durante generaciones enteras la estrofa de los Hijos del pueblo, "antes que esclavo prefiere morir"? Pues esta es la disyuntiva del momento: o luchar hasta la muerte o resignarnos a la esclavitud, a la nueva edad media que se cierne sobre la Europa capitalista. ¿Para qué queremos una vida como la que nos prometen los generales y los obispos fascistas?

Durruti ha caído como había de caer. En la brecha. Como caen los de su temple.

¡En alto los corazones! En el desfile apoteósico del entierro de lo que era mortal en nuestro camarada, hemos visto millones de puños crispados. Estamos seguros de que no ha muerto en vano y de que su ejemplo seguirá animando las filas de los que luchan. Hace falta ahora redoblar la pelea, unir la retaguardia a las avanzadas en un solo haz irrompible. Es el testamento de Durruti; es el camino de la victoria.

En el cortejo grandioso han desfilado todas las banderas, todas las insignias de partidos y de organizaciones. Pero los colores, por vivos que fuesen, se esfumaban ante el conjunto. Era un pueblo el que asistía al entierro de nuestro compañero. Que sea un pueblo el que continúe la guerra; que sea un pueblo el que se movilice por sobre todas las diferencias de los tiempos de paz. Contacto de codos. cooperación leal, sin recelos ni desconfianzas. ¡O nos salvamos todos juntos o todos juntos nos perderemos!

D. A. DE SANTILLAM

HA MUERTO UN HEROE

El ardiente y formidable crisol de la Revolución Española, está fundiendo las principales figuras que más intensamente han contribuido a su gestación y más directamente han participado en los primeros episodios triunfales.

Cada día nuevos combatientes caen fulminados por las balas asesinas del fascismo y pasan a perderse en las páginas de la Historia.

La imaginación se pierde, confusa y estremecida, al querer recordar el número incalculable de hermanos nobles y generosos caídos en la lucha, por participar intensamente en los acontecimientos políticos y sociales de su tiempo.

Ahora, llegada la Revolución a su punto culminante, la lucha adquiere caracteres épicos. Es el choque formidable de las dos vastas corrientes universales que abarcan toda la vida contemporánea; la una que arranca de la noche negra del pasado y amalgama todos los fanatismos, todas las iniquidades, todas las desigualdades, y la otra que va de cara al porvenir, resume todas las conquistas de la ciencia, inspira las producciones del pensamiento, estimula los avances de la civilización y dicta las normas fundamentales del Derecho.

Es el choque de dos concepciones dispares, de dos culturas diferentes, de dos mentalidades divergentes, de dos mundos opuestos. Es la lucha cósmica que va a tener una influencia considerable en los destinos del mundo.

Y es en esta lucha, con marcados caracteres de epopeya, que sucumben los mejores ejemplares de la causa libertaria.

Y una de las figuras más representativas de esta lucha cósmica, simbólica, idealista y popular, es la de Durruti.

El nombre de Durruti, limpio ya de las impurezas y pequeñas, muy humanas en todo ser, pasará a la posteridad, como un héroe legendario, como un gigante libertario, bravo, generoso y bueno, principal personaje de una de las más grandes epopeyas que han conocido los tiempos.

Las generaciones futuras lo recordarán como una figura legendaria, el Stenka Razin, el Sacha Yegulév de la leyenda, símbolo vivo y popular de las masas oprimidas.

Durruti era un predestinado voluntario al sacrificio. Y lo verdaderamente milagroso es que haya llegado a nuestro tiempo, después de haber participado en tantas luchas sangrientas



La mascarilla de Durruti
hecha por Victorio
Macho

y terribles, y de haber puesto su vida tantas veces en peligro.

Su vida entera fue una ofrenda permanente a los ideales anarquistas. Sin reparar en medios para alcanzar el triunfo sólo tenía proyectos gigantes, empresas magnas. Como una cosa fragmentaria y episódica recordamos sus proyectos de creación en París de una Editorial Anarquista Universal.

Hicieron gestiones y entregaron fondos para crear en la Plaza de la Ópera, en pleno corazón de París, una inmensa editorial en los principales idiomas del Mundo.

El proyecto se realizó aunque no en las vastas proporciones que soñaron. Pero lo entregaron todo, sin dejar nada para los terribles años de persecución y de miseria que después habían de seguir, peregrinando a través de toda Europa.

Vida heroica, sueños de grandeza, proyectos gigantes, consagración total al ideal.

Apenas conocía a su pequeña Colette, esa niña de rostro

severo, de ojos grandes y serenos que nos ha dejado. Sólo la veía unos momentos fugaces de tarde en tarde; entre dos detenciones o dos viajes.

Ahora ha terminado en plena lucha por el triunfo definitivo. Las balas que le han buscado toda la vida, y que el mismo 20 de julio le hirieron levemente en la cabeza y en el pecho, no le han respetado esta vez.

Ha caído defendiendo Madrid, escenario sangriento, donde se está dirimiendo el triunfo o el fracaso de la Revolución presente.

Si antes defendimos ese frente, objetivo principal de los facciosos, ahora, después de haber caído Durruti en él, hemos de defenderlo con más tesón y con mayor coraje.

Que en la tierra donde ha caído nuestro héroe se hunda el fascismo.

JUANEL